

Documentos

IN MEMORIAM: JAIME GUZMAN ERRAZURIZ*

Prof. Julio Chaná Cariola

La Facultad de Derecho de esta Universidad, con sus autoridades, sus profesores, sus alumnos y todo su personal administrativo suspenden sus rutinarias actividades para rendir el más solemne homenaje a Jaime Guzmán Errázuriz.

Se me ha conferido el alto honor de hacer uso de la palabra en esta relevante ceremonia seguramente por ser el profesor más antiguo de esta Facultad de Derecho.

A primera vista podría creerse que es difícil cumplir con esta misión.

La circunstancia de ser Jaime Guzmán un político de inconfundible posición partidista, aún más, de ser el creador de la tienda política en que militaba, frente a la circunstancia de la pluralidad de posiciones políticas de profesores y alumnos en esta Casa Universitaria aparecen como un escollo que debemos superar.

Creo, sin embargo, que me será posible cumplir con la tarea que se me encomendó.

En primer lugar, en esta ocasión pondré el mayor empeño en que mi pensamiento y mi palabra estén fuera del ámbito de la lucha partidista circunstancial. En segundo término tengo certeza de que es posible destacar la personalidad de Jaime Guzmán, tanto en lo universitario, en lo político, sin salir del campo sereno del análisis objetivo de su pensamiento y de sus realizaciones.

Por otra parte, si bien es cierto que la cátedra se da a los profesores en esta Casa Universitaria, para que desde ella entregue a los alumnos el mensaje inapreciable del derecho fundado en la moral y que es abusivo desviar la enseñanza hacia el campo del menudo suceder político, no es menos cierto que ello no significa proscribir la política de las aulas universitarias.

Por el contrario, es deber para sus profesores y para sus alumnos estar presentes en la vida pública de la nación y luchar para que se imponga su ideario político, el que seguramente en gran parte es fruto de la enseñanza universitaria.

Denigrar la política en la Universidad es causar grave daño a la vida pública de la patria.

Ésta debe surtirse permanentemente del pensamiento político que se está forjando en las universidades y este aporte intelectual le llega precisamente a través de la participación de sus profesores y alumnos en los niveles directivos de la nación.

Alejarse de la política bajo el pretexto de que ella es turbia y corrompida es una actitud torpe y cobarde. Quienes amparándose en tales supuestos dicen refugiarse en una imaginaria torre de marfil no hacen otra cosa que abandonar el campo de la vida pública, precisamente a los elementos que consideran indignos de actuar en ella.

No es el menor de los méritos de Jaime Guzmán el haber denunciado desde el primer momento la falsedad de esta posición y haber contribuido eficazmente a restarle toda importancia.

* Palabras pronunciadas por el profesor Chaná en abril de 1991, durante el Homenaje que la Facultad rindió a Jaime Guzmán Errázuriz.

Puntualizando lo dicho, podemos afirmar que así como es inconveniente llevar la política contingente a la enseñanza universitaria, es indispensable, en cambio, que los maestros y los alumnos de la Universidad se hagan presentes en la vida pública nacional, y lleven a ella el valioso aporte de su bagaje intelectual.

Después de estas consideraciones generales debemos referirnos al doloroso suceso que aquí no reúne.

La Facultad de Derecho de la Universidad Católica de Chile no puede permanecer silenciosa ante el horrendo crimen que arrebató la vida a Jaime Guzmán Errázuriz.

El no sólo fue uno de sus más brillantes alumnos y, después, uno de sus más destacados profesores, sino, lo que es más importante, fue uno de aquellos hombres selectos que llevaron a la conciencia nacional el rico acervo de la doctrina de derecho público que fundada en los conceptos cristianos acerca de la persona y de la sociedad se enseña en estas aulas.

Sin referirnos a su quehacer partidista, que no es del caso considerar en esta oportunidad, podemos afirmar que su acción pública fue patriótica, en grado sumo, y a todas luces desinteresado el sacrificio.

En él se había realizado plenamente el profundo pensamiento de Lacordoir, quien expresa que la verdadera vocación del hombre superior consiste en su conocimiento de las más apremiantes necesidades de su tiempo y en su decisión de entregar su vida para satisfacerlas.

Jaime Guzmán lo hizo, y lo hizo heroicamente.

Quienes buscaban paralizar su acción sabían que sólo con su muerte podían conseguirlo, y por ello, vilmente la causaron.

Todos los que formamos parte de esta Casa Universitaria queremos en esta trágica ocasión, junto con manifestar nuestros sentimientos de la más desconsolada pena, detenernos un momento a reflexionar sobre la personalidad de este varón ilustre que vivió gran parte de su vida dentro de estas aulas y a las que entregó el don inapreciable de su espíritu selecto hasta el instante mismo de su muerte. La personalidad del hombre, como su contextura biológica, tiene sus raíces en el pasado. El hombre recibe de quienes lo precedieron en la existencia, no sólo genes corporales, sino también el hábito impalpable pero efectivo de su ancestro familiar.

Junto a esta influencia del pasado, contribuye a formar la personalidad del hombre el entorno en que le toca vivir.

Sobre estos dos supuestos, la herencia y el medio, la Providencia entrega al hombre su voluntad libre, para que así construya responsablemente su vida y su futuro.

La raigambre en el pasado de Jaime Guzmán era auspiciosa. Ello lo vincula a través del grupo familiar en que estaba inserto con notables personalidades de la Iglesia y de la patria, como también con destacados hombres de empresa que contribuyeron en su época a formar la riqueza nacional.

Por su parte, el medio en que se formó, cristiano y selecto, fue indudablemente un factor positivo en la formación de Jaime Guzmán.

Con estos antecedentes, y con el uso libre de su férrea voluntad, pudo realizar todas las obras que colman su tránsito por esta difícil vida terrenal.

Antes de continuar conviene subrayar la modestia de Jaime Guzmán ante sus meritorias realizaciones y su clara percepción de que el pasado familiar debe ser motivo de afectuoso recurso, pero nunca de vana ostentación.

Reunía, pues, Jaime Guzmán las más óptimas cualidades.

Religioso sin gatzmoñería, sabía y practicaba el precepto de que la fe sin obras es muerta, conocedor intuitivo de la fragilidad de la naturaleza humana, era tolerante y comprensivo con todos los que le rodeaban, pero a la vez la seguridad de su pensamiento lo llevaba a ser intransigente con el error mismo; su honestidad era absoluta, porque sabía que cualquier trizadura en ella es simplemente deshonestidad. De suyo, era generoso y prodigaba estimación a amigos y adversarios; el natural afecto que surgía a su alrededor era su alentadora recompensa.

En su mente y en su voluntad tenía siempre presente la jerarquía de los valores, y ello lo llevaba a ser valiente y sereno en todas las circunstancias y a estar dispuesto a sacrificarse por aquellas causas que efectivamente lo merecen.

Este es el perfil del hombre asesinado en las puertas de esta Casa Universitaria.

Al contemplar los abismos a que lleva el odio, sólo cabe implorar al Señor de la misericordia que conceda la gracia del arrepentimiento a quienes le causaron la muerte.

Dirijamos, ahora, nuestra mirada hacia el nutrido transcurrir de la vida de Jaime Guzmán.

Con alegre entusiasmo ingresa muy joven a esta Universidad. Los estudios de derecho le parecen los más adecuados para adquirir los elementos necesarios para realizar la acción de bien público que constituye su única vocación. De inmediato su excepcional calidad de "líder" lo lleva a ocupar cargos directivos en las organizaciones estudiantiles. Se forma una convicción política, y gracias a su acción ella pasa a ocupar lugar preferente en esas organizaciones.

Terminados sus estudios la actividad ciudadana lo reclama de inmediato.

Los años de la vida nacional en que le va a tocar vivir y actuar a Jaime Guzmán son azarosos y difíciles.

Después de un largo período de democracia en que Chile aparece como una excepción en la inestable América Latina, sobrevienen tiempos tormentosos en que furiosas divisiones entre sus hijos oscurecen el cielo de la patria.

A este período relativamente breve sucede una época que, cualquiera que haya sido su duración, debe ser considerada como un período transitorio, excepcionalmente difícil, en el que es preciso asumir los requerimientos del presente, y, además, preparar el retorno a la democracia, aspiración compartible por casi todos los chilenos.

En tales momentos era preciso evitar tanto la caída en un ingenuismo suicida como en un ciego pragmatismo, ajeno a toda consideración ética.

Era necesario conjugar las actitudes impuestas por el suceder del momento con los principios morales vigentes en toda época.

Por otra parte, el retorno a la democracia era un deseo general de la ciudadanía que no podía postergarse y para que ello tuviera éxito debían borrarse en lo posible las divisiones del pasado y evitarse que la democracia naciente se viera amargada por continuas recriminaciones y aun por vindictas fratricidas.

Si la violencia es repudiable en todo momento, lo es más en tales circunstancias.

De ahí la necesidad imprescindible de erradicarla, como requisito previo a la construcción de un futuro venturoso para la patria.

A esta difícil tarea dedicó Jaime Guzmán su esfuerzo más abnegado. No escatimó sacrificio alguno para luchar contra el terrorismo. Sabía que atacar la violencia es exponerse a ella y a los ciegos golpes de quienes la esgrimen y que en su caso le iban a arrebatar la vida.

La muerte de tan insigne patriota no puede ser más penosa. Lo asesinaron quienes querían acallar su voz y paralizar su acción, pero si bien pudieron conseguir tan deleznable propósito, a la vez realzaron la imagen de Jaime Guzmán y la causa que él defendía.

Consideraremos ahora, aunque sea brevemente, algunos de los puntos de su ideario político.

Crefa firmemente en la libertad y en la democracia, y estaba cierto que estos valores no eran incompatibles con la implantación del orden y eficacia en el gobierno y en la administración. Su criterio realista lo hacía comprender que una correcta acción política no puede estar separada de la búsqueda de una economía sana, pero no ignoraba que los recursos económicos tienen finalidades sociales y que con ellos, sin dañar la economía misma, debe elevarse el nivel de vida de todos los chilenos.

Para él, la economía debía estar al servicio del hombre y para él no tenía sentido la situación inversa.

Es del caso, tal vez, recordar que Jaime Guzmán creyó siempre que, en gran parte, sus ideas reflejaban el pensamiento político del esclarecido hombre público Jorge Alessandri Rodríguez, en quien veía también un ejemplo de modestia y austeridad.

Todas las virtudes y cualidades que reunía Jaime Guzmán lo llamaron a jugar un papel decisivo en el retorno a la democracia, el que desgraciadamente quedó interrumpido, pero alcanzó a entregar un valioso aporte.

En efecto, este pacífico proceso no es un milagro inexplicable, ni es obra de la casualidad, él se debe a la acción continuada de hombres patrióticos que estando en el régimen transitorio, como fuera de él, unieron sus esfuerzos para obtener el más sorprendente de los éxitos: que Chile pasara de un régimen autoritario a una auténtica democracia, sin violencia ni trastornos.

Debemos ahora exponer en forma sucinta los caracteres que distinguen la acción de Jaime Guzmán en el régimen transitorio y en el período de retorno a la democracia.

En primer término, su posición doctrinaria de siempre no cambió en tales circunstancias. Así su fidelidad absoluta al principio ético de que toda acción humana no sólo debe ajustarse a la moral en sus finalidades, sino también en los medios usados para obtenerla, o sea, el rechazo total y sin reservas de la inmoral y equivocada máxima de que el fin justifica los medios.

En la época actual en que se rinde un culto ilimitado a la eficacia y al éxito, y en que cuando éste se obtiene todo parece justificado, es más urgente que nunca y a la vez más difícil, crear no sólo el convencimiento, sino también la práctica de que en todo caso los medios que se usen deben ajustarse estrictamente a la moral.

Jaime Guzmán estuvo siempre por la aplicación irrestricta de estos principios.

Igual fidelidad guardó al respeto de los derechos humanos; su punto de vista sobre el particular aparece reflejado en la Constitución de 1980, en cuya redacción intervino.

Al respecto, podemos señalar que Jaime Guzmán participó a lo largo de todo el funcionamiento de la Comisión de Estudios de la Constitución Política (Comisión Ortúzar 1973-1978), y luego interviene en la Comisión de Estudios de las leyes orgánicas constitucionales (1983-1989).

Así pues estuvo presente durante la génesis de la Constitución, primero, y después de sus leyes complementarias.

En el estudio de la Constitución se destaca principalmente su actuación en los preceptos que consignan principios doctrinales (Capítulos I y III y el art. 19 relativo a los derechos y libertades individuales: art. 1º inciso 1º; art. 1º inciso 3º; art. 4º; art. 5º inciso final, y art. 8º inciso 1º).

La posición de Jaime Guzmán de rechazo absoluto a todo régimen totalitario se vio fundada y confirmada con el resonante devenir histórico de tales sistemas; en primer término los regímenes nacistas se hundían en la primera mitad del presente siglo en una vorágine de destrucción y de muerte; el totalitarismo marxista pasa en la última década de la utopía al desastre y los pueblos vuelven al régimen democrático antes tan denigrado con los apelativos de falso, formal, burgués o judaizante. Se desvanecen así regímenes que se declaraban definitivos y se derrumban muchos de sus jefes que invocaban caracteres mesiánicos y son reemplazados por gobernantes elegidos por los gobernados que resultan más estables y definitivos.

Los hechos confirman que la democracia, a pesar de todos sus defectos, que como toda obra humana los tiene, es el mejor régimen de gobierno de los Estados.

Los hechos han dado, pues, la razón a quienes como Jaime Guzmán dirigieron todos sus esfuerzos a lograr que nuestra patria retornara a un sistema democrático auténtico.

Esbozados así a grandes trazos los rasgos de la personalidad de Jaime Guzmán y ante el trágico hecho de su asesinato, conviene tal vez preguntarse: ¿a quién convenía su muerte?

La respuesta es inmediata y categórica.

A nadie.

Ni, por cierto, a sus partidarios que comentan justificadamente la pérdida irremediable de un dirigente irremplazable; ni tampoco a sus adversarios, que ven desaparecer a un contrincante leal y comprensivo.

Pero quien pierde más con la muerte de este hombre excepcional es nuestra patria.

La grandeza y prosperidad de una nación descansa, antes que nada, en la capacidad y en el valor de sus dirigentes.

No es una paradoja afirmar que los hombres valiosos son útiles para su patria, tanto en el gobierno como en la oposición.

En toda labor es necesaria la habilidad de quienes están llamados a señalar las líneas a que ella debe sujetarse, como también es indispensable la luz de quienes indican de buena fe los posibles errores que deben evitarse.

Ya Jaime Guzmán no puede hacer lo uno ni lo otro.

Queda sí la indeleble marca de su actuación en el mundo de las cosas y en el universo de los individuos.

Esta es su valiosa herencia. Como universitario lega a esta Casa el imperioso mandato de poner al servicio de la patria, cuando ésta lo requiera, todo el acervo intelectual de que ella dispone.

Como hombre público lega a Chile el llamado vibrante de su ejemplo, que seguirá resonando más allá de su muerte, para que todos los hijos de esta patria hagan de ella una democracia libre, donde reine la justicia y no la violencia.